

La agencia del mal

*Alberto Carvajal**

¡Si estuviera siempre completamente despierto a partir de este instante, llegaríamos pronto a la verdad, que tal vez nos rodea con sus ángeles llorando!

RIMBAUD

El sagrado mal

Hace un alto abrupto en su relato... fija la mirada en un punto, en la nada, donde ella parece encontrar algo, su cuerpo se agazapa ante una circunstancia que cuando llega, llega sin más. Un brazo se pliega, codo a la cadera, y la mano con los dedos engarrotados toma a la vez que suelta un fragmento de algo invisible e inicia un movimiento de arriba/abajo una y otra vez. Me acerco, me siento a su lado para escuchar el sonido que no deja de emitir, un farfulto dirigido a donde su mirada se detuvo. Discute con alguien, parece un evento familiar. Dibuja una pregunta no a su oído sino al espacio al que ella dirige su mirada, es mi hermana, dice sin decir y continúa. Siento estar a su lado aunque no podría asegurar estar en el mismo lugar/tiempo en el que se encuentra el cuerpo de Berta. Sin embargo, tampoco podría negar que tuvo en cuenta algo de mi presencia. Quizás su sonoridad. Ella continúa. El cuerpo agazapado, el movimiento de la mano, la mirada y un diálogo/discusión. Así como llegó el evento corporal, se desvanece. Absorta, se incorpora y sale... alcanzo a decir su nombre sin ninguna respuesta. Escucho decir, déjala. Me doy media vuelta y en el fondo del pequeño consultorio dos personas de bata blanca están en el rincón, asustadas, estampadas en la pared. Me dicen que

* Profesor-investigador, Departamento de Educación y Comunicación, UAM-Xochimilco.

lo que acabo de hacer es muy peligroso, que cuando alguien está en una crisis convulsiva parcial puede pasar al acto y agredir sin motivo alguno a quien esté en su entorno cercano. Sin poder captar lo que se me decía, aún mi cuerpo estaba en una escena cuyo cambio súbito me dejó trastocado. Berta regresa con la mirada confusa. Dicen que es la etapa de obnubilación posterior a una crisis. De alguna manera comparto la confusión de Berta.

Me prestan mis compañeros de consultorio, dos psiquiatras que aún seguían asustados, un libro que trata sobre la epilepsia. Encuentro que las crisis convulsivas parciales son poco observables pues generalmente ocurren en los ambientes domésticos. Y señala el texto que la persona en crisis puede tomar cualquier objeto cercano y agredir. Sin embargo, casi al final de la descripción se destacaba que sólo llega a la agresión siempre y cuando encuentre en el entorno alguna reacción de miedo y, como también subrayara Frieda Fromm-Reichmann en su *Psicoterapia intensiva en la esquizofrenia*, en defensa anticipada, ataca. Cuando me acerco a Berta, lo hago con el interés de ubicar en qué y en dónde está su cuerpo, con quien habla y discute. No está el miedo/precaución informado convocado, sino el interés por un saber que se desgranaba de un cuerpo invadido por otro tiempo, otra escena, un cuerpo que no representaba una situación en un presente: estaba en una situación inaugurada por su cuerpo; un presente de otra época introducido en este presente.

Unos días antes, hablé precisamente con la hermana de Berta. Al tratar la cuestión de las crisis, de los ataques, como ella los llama, me dijo categórica que son el termómetro de la situación familiar. Ella ha ubicado que cada vez que Berta entra en un trance así, llamado en la psiquiatría clásica el Sagrado Mal que, entre otros, padecía Dostoievski, Sócrates... es cuando en casa las cosas no andan bien. Cuando hay alguna discusión, algún conflicto, ella lo siente y nos damos cuenta, decía, tanto de la magnitud como del sinsentido del problema cuando Berta tiene un ataque.

Es que ¿es posible que un cuerpo tenga esa habilidad?

Me recuerda el de Esteban, aquel joven que se iba consumiendo de un mal que a su cuerpo lo iba secando sin remedio.

Con las costillas, las clavículas, sacadas en tales relieves que parecía tenerlas fuera de la piel, su cuerpo hacía pensar en ciertos yacentes de sepulcros españoles, vaciados de entrañas reducidos al cuero tenso sobre una armazón de huesos. Vencido en la lucha por respirar, Esteban se dejó caer sobre el piso, adosado a una pared, de cara morada, las uñas casi negras, mirando a los demás con ojos moribundos. El pulso desbocado le daba embates por las venas. Su persona estaba untada de una pasta cerosa, en tanto que la lengua, sin hallar saliva, presionaba unos dientes que empezaban a bambolearse sobre encías blancas (Carpentier, 1979:37).

Ogé, “médico notable y distinguido filántropo”, fue llevado entonces ante la sorpresa de los hermanos Carlos y Sofía. “Quien fuera negro, quien tuviese de negro, era, para ella, sinónimo de sirviente, estibador, cochero o músico ambulante”, y pese a que le recetaron al oído que “todos los hombres nacieron iguales” (Carpentier, 1979:38) su constreñido humanismo no le permitía otorgar la posibilidad “que un negro pudiese ser médico de confianza, ni que se entregara la carne de un pariente a un individuo de color quebrado” (Carpentier, 1979:38). Ogé apenas ve la habitación advierte una ranura en lo alto de la pared y pide ser llevado al otro lado de la misma. Le dicen que se trata de un pequeño espacio donde están cosas en desuso entre plantas crecidas en el abandono, muebles rotos. Ogé insiste y la sorpresa fue para todos, apenas abrieron una puerta azul:

[...] sobre dos largos canteros paralelos crecían perejiles y retamas, ortiguillas, sensitivas y hierbas de traza silvestre, en torno a varias matas de reseda, esplendorosamente florecidas. Como expuesto en altar, un busto de Sócrates que Sofía recordaba haber visto alguna vez en el despacho de su padre, cuando niña, estaba colocado en un nicho, rodeado de extrañas ofrendas, semejantes a las que ciertas gentes hechiceras usaban en sus ensalmos: jícaras llenas de granos de maíz, piedras de azufre, caracoles, limaduras de hierro. C’est-ca, dijo Ogé [...] Es probable que hayamos dado con la razón del mal (Carpentier, 1979:39).

Las arranca y las quema. Ogé, procedía de Saint-Domingue y tendrá un lugar protagónico en la revuelta de esclavos negros, la

única lograda y la primera que inscribió en la gran historia un acto de independencia del mundo colonial al final del siglo XVIII. Este galeno negro les dice a Carlos el hermano mayor y a Sofía, la hermana escéptica, que esa planta estaba consumiendo la energía del cuerpo del enfermo sin que nadie se diera cuenta.

“Cada ser humano tenía un ‘doble’ en alguna criatura vegetal. Y había casos –según Ogé– en que ese ‘doble’ para su propio desarrollo, robaba energías al hombre que a él vivía ligado, condenándole a la enfermedad cuando florecía o daba semillas” (Carpentier, 1979:39).

Las plantas y el busto de Sócrates formaban una ofrenda que Remigio un empleado de la casa hizo con mucho empeño como luego enojado revelara “[...] el caisimón aclimatado con enorme trabajo, que servía para curar todo lo que dañaba las entrepiernas del hombre, cuando la aplicación de sus hojas se acompañaba de la oración a San Hermenegildo, torturado en sus partes por el Sultán de los Sarracenos” (Carpentier, 1979:40), y confesó que esa planta no la quiso tomar el padre de los tres hermanos que andaba más ocupado en meter mujeres a su casa hasta que el vigor lo abandonó mortalmente encaramado en una hembra, mientras Carlos, el mayor, andaba trabajando en el campo, Sofía en el convento y Esteban consumiéndose en su habitación.

Carlos se dirigió a donde se encontraba el hermano y para su sorpresa ya podía respirar, regresaba el color a las uñas y los huesos parecían haberse acomodado. Sofía al intentar extenderle un sobre con un pago, el médico rechazó. Hecho que no ayudó a menguar la consternación causada por la confesión de Remigio y el hasta ese momento sentimiento no develado de “nunca haber amado a su padre, cuyos besos olientes a regaliz y a tabaco, desganadamente largados a su frente y a sus mejillas cuando se la devolvía al convento después de tediosos almuerzos dominicales, le habían sido odiosos desde los días de la pubertad” (Carpentier, 1979:42).

Es iluminante este fragmento del relato de Carpentier en *El siglo de las luces* que nos descubre el carácter rizomático del mal... que hace que estos cuerpos se tejan, muten, el de Esteban, el de Berta. Lejos de ser el “síntoma” familiar, esto es, que condensan y desplacen el malestar del grupo primario, son cuerpos afectados por dicho ‘estar mal’,

que los conecta capilarmente con la situación en lugar de quedarse sólo en calidad de receptáculos, pues al serlo, permiten también que circule. Cuerpos que se disponen a ser recipiente/conductor: cuerpos/termómetro/vegetal.

Otro vector de la agencia

Si somos consecuentes con esta lectura de secuencias que no guardan ninguna ordinalidad ni urdimbre oculta: el tan llevado y traído “no dicho” que convoca a la voracidad de la interpretación, entonces podríamos detenernos en aquello que sacude a Sofía. En la confesión de Remigio, “torpe revelador de algo que ella sospechaba desde hacía tiempo, haciéndola despreciar la miserable condición masculina, incapaz de llevar la digna y quieta unicidad de la soltería o de la viudez” (Carpentier, 1979:42).

En un primer acercamiento a la frase “despreciar la miserable condición masculina” que no es capaz de domeñar la exigencia pulsional, que no se constriñe a los apremios de la cultura ni en su “malestar”, esta fuerza natural cuasi animal, podríamos aderezar la propuesta de Kristeva (2000) al introducir lo abyecto que “nos confronta con esos estados frágiles en donde el hombre erra en los territorios de lo animal”, ahí donde el lenguaje, su autonomía, incorporaría la diferencia, acto violento y torpe ante el acecho del regreso al cobijo de un “poder tranquilizador como asfixiante”, el poder materno. Es el grito por un padre, por la entrada del mundo simbólico. ¿Habrá sólo un mundo simbólico?

Lo que desprecia Sofía, el territorio de la abyección de Kristeva, de ello hace el Marqués una virtud y coloca a Julieta en el camino de la amante verdadera del mal: “[...] no sucumbir (de nuevo) a las tentaciones de la virtud; no debes permitirte jamás llevar a cabo una acción que sea beneficiosa para tu prójimo” (Sade, 1985:80), ¿no es acaso esta consigna la introducción de un simbólico, justamente el simbólico más conocido, el del desplazamiento, el de la metáfora, el de los giros retóricos? –No es otra cosa lo que se lee en el diálogo de Julieta con el verdugo Delcour.

—¿Qué es exactamente lo que deseáis saber, señora?

—La visión de la sangre [...] los gritos de agonía [...] el sonido del hueso que se rompe contra el hueso [...] todas esas cosas ¿os proporcionan algún placer?

—Por supuesto que sí. Nadie sería verdugo si las condiciones de la tarea no se prestaran a disfrutarlas.

—Entonces ¿diríais que toda pasión sexual puede ser aumentada y alimentada por el crimen? (Sade, 1985:114).

Este es el simbólico de un Freud y de algún cierto Lacan inicial, aquel que retorna al maestro vienés. El simbólico de la ley y la metáfora, el de la representación que introduce en el campo de la abyección de Kristeva, la diferencia, la cultura. El simbólico herencia, incluidas en una cierta apariencia kleiniana, con sus etapas previas, del complejo de Edipo. La ontología griega en su máximo esplendor. No podemos negar que es un referente occidental eficaz. Sin embargo, con Lévi-Strauss, a pesar de las lecturas que se hacen de su “eficacia simbólica”, parece que introduce, a propósito de otras ontologías, una, la del pensamiento amazónico que entre otras cosas propone que los animales son personas vestidas de animal y será un chamán quien está en condiciones, podríamos decir ahora, corporales, para ubicar qué persona está en qué animal. Introduce pues otro simbólico, justamente aquel cuyo anudamiento con el real corporal le permite prescindir de la palabra-representación, su cuerpo presenta, inaugura un campo de otro presente.

En la frase de Carpentier, en la que Sofía confiesa su desprecio, parece convocar, si bien, a un tercero, no es el de la ley, ¿podríamos acaso pensar un tercero sin esta carga, sin este encargo cultural, sin esta operación en una diada, pegada, “tranquilizadora y asfixiante”, un tercero que sea simplemente la inclusión de una consistencia más, en ese caso, incluso podríamos decir, que dejaría su lugar como “tercero”, sería “uno más” recuperemos un punto que tiene que ver, al parecer, con este simbólico, el de “uno más”, aquel que es tocado por el desprecio de Sofía y que, quizás, no tiene que ver con la entrada violenta y torpe destacada por Kristeva, un simbólico que pueda confirmar lo que no se espera de él. La entrada de un tercero

cualquiera, o bien, ni siquiera de un tercero, ni violenta ni rechazada que como hemos visto, abreva de la misma fuente metafórica, retórica. Tan sólo un “uno más” advertido de su lugar y que simplemente lo firme. Es decir, “uno más”, no operario de nada, sino ubicado en un lugar que permite la cuenta de tres.

Casi al final del Quinto Libro de Julieta, aparece en escena el padre, su padre, convertido en mendigo que le ruega una ayuda. Junto con sus amigos del mal Saint Fond y Noirceuil, urde un parricidio después de un acto incestuoso

—Amado padre —le dije—, ¿perdonareis esta acción? Me veo obligada a mataros.

—Vil criatura —contestó suavemente—, ¿acaso crees que no me he percatado de esta comedia? ¿Crees que no me doy cuenta de lo que está sucediendo? Está bien, mátame si es eso lo que tienes planeado hacer; pero evítame tener que presenciar tu pobre histrionismo.

—Ah, papito —dije, sintiendo por un momento verdadera tristeza— *sólo cuando te enfrentas a la muerte comienzas a hablar como un hombre* [cursivas mías]. ¡Qué lástima! ¡qué vergüenza! —Entonces las comisuras de mis labios se elevaron casi automáticamente en una sonrisa—: Jódete, papito —Y tiré del gatillo.

Lo que queda destacado por Julieta y posiblemente por Sofía, es no precisamente el padre, en todas sus posibles versiones, sino simple y llanamente, un hombre, un cuerpo que introduce un elemento que permite la cuenta de tres, sin ser el tercero.

La carcajada

Puntual cada mañana Berta recorre el largo y oscuro pasillo del Hospital Parcial, donde se internan medio tiempo, medio día... media vida. Participan en algunas actividades durante la semana y de esa manera el retorno al paisaje familiar es paulatino. La mayoría de los internos, particularmente sus familiares toman este tiempo no sólo como un apoyo en ese regreso a casa, sino el apoyo mayor en

cuanto a los medicamentos, pues el hospital se hace cargo de ello y de la alimentación. Berta camina lento, cojea, sin embargo el paso es seguro, firme. Saluda a quien encuentra a su paso y si aprecia un gesto de molestia o seriedad hace una pregunta: ¿sabe quiénes se enojan? Luego de dos o tres respuestas, se ríe y agrega... los árboles... en otras ocasiones dirá... los cuadernos... También en este otro paisaje no abandona el lugar que suele tomar su cuerpo/termómetro, es más, ella se encarga de calibrarlo.

Nos recuerda Lorenz cuán delicado sería aislar a la agresión, ese pretendido mal:

No sabemos en cuántos y hasta qué punto importantes modos de comportamiento humanos entra la agresión como factor motivante, pero opino que deben ser muchos. El *aggredi* en su sentido original y lato (el afrontar las situaciones o abordar los problemas, el amor propio o el respeto por sí mismo, sin el cual no se haría casi nada, desde la rasurada diaria hasta las más sublimes creaciones científicas o artísticas) [...] [“Una noche, senté a la Belleza en mis rodillas. Y la encontré amarga” (Rimbaud)] [...] y es probable que todo cuanto está relacionado con la ambición, el afán de escalar puestos o subir de categoría y otras muchas actividades indispensables, desaparecerían de la vida humana si se suprimieran las pulsiones agresivas. Del mismo modo desaparecería también algo importante que es propio y exclusivo del hombre: la risa (1980:313).

—Queremos que nos conteste a unas preguntas, Berta. Y así, tener completo su expediente.

—Claro, cómo no...

—Cuéntenos un poco de su familia...

En ese momento Berta interrumpe la entrevista que le hace un compañero psiquiatra, serio, vestido en su papel de galeno sabio... le extiende la mano y le ofrece unos dulces que sacara de su bolsa con mucho cuidado, él, le quita la envoltura y se lo pone en la boca. Después, de otro lugar de la misma bolsa toma otros dulces y hace

lo mismo conmigo. Continúa la entrevista. El psiquiatra hace unos gestos extraños, parece que el dulce elegido no tenía buen sabor, o bien, no era de su gusto. Berta que adoptara también un tono serio en las respuestas que daba, cambió de semblante, con una sonrisa e inquietud le preguntó:

—¿Salado? o ¿purgante? —El hombre salió apurado del consultorio y Berta lanzó una carcajada de la broma que acababa de realizar.

Broma que no hacía otra cosa que mostrar la iniquidad de una entrevista, una más, después de tantos años, las mismas preguntas, el mismo formato, la seriedad, la bata blanca...

Berta cuerpo/termómetro su método/sagrado mal sagrado, le permite medir el nivel de presión del lazo social en el que transita, cual equilibrista detenido en el centro de la nada hace mil piruetas en un lazo tensado y juega con las miradas que le hacen red y una vez más se ríe de la ironía que devela la situación. Muestra tener la habilidad de ejercer una sensibilidad que en ocasiones la desborda y, aun en esas circunstancias, o mejor dicho, es en ellas que la herramienta de medición se afila más. Quizás podríamos decir que, al contrario de la idea generalizada en el paisaje hospitalario/académico, cada crisis/ataque llevaría a ese cuerpo a un deterioro, cada evento corporal no es sino una vía de tramitar, de poner en circulación lo enrarecido del paisaje microsocia. El mal, el sagrado mal sagrado, desterritorializa ese cuerpo en termómetro, a la vez que reterritorializa el mal por todos sus poros, en un acto social.

Bibliografía

- Carpentier, Alejo (1979). *El siglo de las luces*. La Habana: Editorial Letras Cubanas.
- Kristeva, Julia (2000). *Podere de la perversión*. México: Siglo XXI Editores.
- Lorenz, Konrad (1980). *Sobre la agresión: el pretendido mal*. México: Siglo XXI Editores.

Rimbaud, Arthur (1997). *Una temporada en el infierno*. México: Ediciones Coyoacán.

Sade, Marqués de (1985). *Obras completas*. México: Edasa.

Documentos

Notas clínicas del caso Berta (1992). Hospital Psiquiátrico “Fray Bernardino Álvarez”, México, Distrito Federal.